HISTORIA

ECLESIASTICA, POLITICA Y LITERARIA

DE CHILE,

POR

JOSÉ IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE,

PRESBITERO.

BIBLIOTECA NACIONAL SANTIAGO CHILE

TOMO SEGUNDO.

VALPARAISO:
Imprenta Europea, de Ezquerra y Gil.

Junio 1850.

CAPÍTULO XI.

Obras de escritores chilenos desconocidas de muchos —Frai Juan Barrenechea, historiador.—D. Pedro Córdoba Figueroa, historiador.—Sor Ursula Suarez.—Análisis de su historia de las revelaciones.—Miguel Viñas.—Su biografía.—Noticia de su filosofía peripatética.—Sermones del mismo.—Biografía del padre Guillermo.—Noticia de su *Náutica Moral*.—Análisis de sus poesías.—Frai Antonio Miguel Ovalle escribe una defensa de su jurisdiccion.—Razon de esta obra.—Análisis de las obras espirituales del padre Ignacio García.—Noticia sobre la vida de este célebre escritor.—Biografía del maestro frai Antonio Aguiar.—Noticia de su *Crónica religiosa*.—Frai Sebastian Diaz.—Juicio sobre sus obras.—PADRE MANUEL LACUNZA.—Análisis de su *venida del Mesías en magestad y gloria*.—Abate Miguel Olivares.—Juicio sobre sus obras.—Noticia de los escritos de Juan Ignacio Molina, Felipe Vidaurre.—Diego Fuenzalida, José Rodriguez, Javier Zevallos y Domingo Anthomas.—Obras del obispo Alday.—Análisis de sus sermones y homilias.—Escritos del Sr. Espiñeira.—Obras de frai Agustin Caldera.—D. Pedro Tula Bazan.—El padre Oteisa.

ALGUNAS de las obras que nos proponemos analizar en el presente capítulo son conocidas generalmente, así como tambien lo son los individuos que las produjeron: sin embargo, la mayoría de ellas son desconocidas de casi todos, y para dar alguna idea de su mérito las recorreremos con alguna mayor estension.

Podemos considerar la historia de Chile escrita por el padre Barrenechea como la primera en antigüedad entre las que aparecieron en este siglo, aunque no sea la mas apreciable por su mérito literario. Ella no presenta mas que hechos aislados pertenecientes á la historia política unos, y otros á la historia eclesiástica del pais; pero entretegidos con mil anécdotas que los desfiguran considerablemente. Una de estas cuenta los

amores de Casilab y Rucamila, á quienes el autor llama sus héroes. Barrenechea se manifiesta en la narracion novelesco hasta parecer exagerado. Las descripciones prolijas que hace de algunos objetos, sin duda entonces de preferencia para los chilenos, causan fastidio por su misma minuciosidad.

Frai Juan Barrenechea nació en Concepcion el año de 1669. Aplicado desde jóven á estudios sérios, progresó en el aprendizaje de humanidades: pero las luces que recibia su entendimiento supo aprovecharlas principalmente para mirar con hastío las cosas de la tierra que despreció, haciéndose religioso mercedario en el convento principal de Santiago. Sus talentos despejados, obligaron á sus prelados á envirrle á Lima á estudiar teología en la universidad de San Marcos, la que concluida, volvió á Santiago, donde desempeñó con lustre las clases de filosofía y teología en su comunidad. Hecho comendador del mismo convento donde profesó, fué elevado sucesivamente al provincialato, de cuyo cargo absuelto, volvió á Lima, donde escribió la obra de que hemos dado noticia. Esta la recogió el año de 1818 el padre franciscano frai Antonio Bauza y la trajo á Santiago, donde se conserva en la biblioteca nacional incompleta. Existe tambien en la nuestra una copia.

D. Pedro Córdoba Figueroa, nieto del general D. Alonso Córdoba Figueroa, á quien hemos tenido ocasion de nombrar repetidas veces, nació en Concepcion, y allí mismo emprendió la carrera literaria con el lustre y aprovechamiento que dejan ver sus escritos. Escribió Figueroa la Historia de Chile desde su des-

cubrimiento por Diego de Almagro hasta la muerte de D. Gabriel Cano de Aponte, el año de 1733. La divide en seis libros y cada uno de estos en capítulos. El autor se contrae especialmente á la narracion de los sucesos políticos, toca mui de paso algunos que corresponden al gobierno eclesiástico y guarda un profundo silencio en lo concerniente á la historia literaria.

La vasta erudicion que ostenta Figueroa en su historia, entretejiendo la narracion de los sucesos de Chile con pasajes de la antigüedad, con testos de la escritura, de los padres y versos de los clásicos, hacen su lectura pesada y fastidiosa en estremo. Sin embargo, esto no menoscaba en lo menor el mérito de su autor: él es sin duda uno de los historiadores de mas peso que cuentan los sucesos de Chile, y nosotros hemos preferido su testimonio mas de una vez sobre el de otros.

Esta obra se conserva manuscrita: su original pertenece á nuestra biblioteca: está incompleto, faltándole el prólogo del autor y los capítulos que hablan del gobierno de Aponte. Las copias que hemos visto adolecen del mismo defecto.

D. Pedro Córdoba Figueroa murió repentinamente en la ciudad de su nacimiento, por el año de 1740, despues de haber corrido, como su padre y abuelo, todos los grados de la milicia hasta el de sargento mayor del reino, al que le ascendió el capitan general D. Manuel Salamanca.

Sor Ursula Suarez, monja del convento de Santa Clara de la Victoria, escribió su vida por mandato de su confesor en una obra que lleva por epígrafe; «Relacion de las singulares misericordias que ha usado el

Señor con una religiosa, indigna esposa suya, &.» La espresion de este escrito es sencilla y el lenguage sin pretensiones. Narra con un candor que tiene algo de infantil los diferentes sucesos que forman el hilo de su vida hasta la época en que la concluyó de escrbir. Hallamos en ella simplicidad, pureza, en algunas partes sentimientos; y generalmente cierto desgreño en el decir, que hacen fastidiosa y pesada su narracion. A veces se eleva con entusiasmo religioso en la esplicacion de sus oraciones á Dios, cuando su espíritu volando por el espacio, iba á prosternarse delante de su inmensidad, reconociendo la nada de su ser, y otras al lado de un pasaje sublime por su divina sencillez se ve descrito con mínima escrupulosidad. ya un sueño, ya una conversacion impertinente. Lo que resulta en toda la obra es cierto carácter visionario, atribuyéndolo todo a una voz esterior que era su antorcha luminosa, su columna de fuego como la de los israelitas, que siempre la conducia por el mar proceloso de la vida. Casi no se encontrará un pasaje de ella que no contribuya á probar nuestro aserto. Pero esta *habla*, como llama ella á esta voz, en nuestro sentir, no era otra cosa que su conciencia, su reflexion, y varias veces un fantasma, hijo de una imaginacion estraviada por la dureza del ascetismo. Y no puede ser de otro modo. Al efecto referiremos un punto que ha servido de precedente á nuestro juicio. Estaba una noche haciendo oracion en su aposento, cuando de repente se ofreció á su imaginacion un espectáculo grandioso. Le pareció hallarse en una region donde la naturaleza ostentaba los ricos dones que en primavera prepara para rega-

lárnoslos mas tarde; mientras en Santiago, el invierno hacia sentir sus crueles rigores. Campos dilatados, cubiertos de una alfombra de verduras; bosques espesísimos, hácia cuyas ocultas sendas, sembradas de una lujosa profusi n de frutos, entreveía desfilar porcion de hombres de figura agradable, de rostros blancos, con cabellos empolvados. A todas estas cosas asistia con una especie de estupor. Contando esto á su confesor, le dijo este inquiriera sobre la parte del mundo donde estaba situado este hermoso paisaje: contestóle al cabo de algun tiempo que ¡la China era este lugar de hombres hermosos! Otros desacuerdos semejantes pudiéramos citar, como creer la Arabia en África, una vez que se le antojó estar predicando á los negros; parecerle ver al diablo en un espejo de noche, á la luz de una bujía &. La descripcion que hace de él, no podemos resistir al deseo de copiarla, para que se venga en conocimiento de la naturaleza del escrito que analizamos; porque ella es el tipo á que puede amoldarse todo. Dice así: «ví dentro del espejo un negro, en el traje me pareció serlo, no porque le viese cara, ni cosa por donde conocerlo porque estaba todo cubierto; pero creí ser negro por estar tan trapiento, con toda la capa por el suelo rasgada, era de color mas negro que pardo y le arrastraba que hasta el suelo llegaba. No se le veian las patas: tenia la cabeza baja y la cara con la falda del sombrero tapada que era al modo de callampa y la copa mui baja: yo todo lo miraba deseosa de descubrirle la cara... volví la cara de presto á mirar en la sala lo que veia en el espejo y ni habia columpio (porque el negro se estaba

meciendo en un columpio) ni negro ni otra persona en todo la sala... al espejo volví á mirar y hallé al negro ya descubierto y tan sumamente feo, que causaba horror verlo: tenia la cara sumamento ancha y chata, la frente descalabrada, la nariz sentada, los ojos saltados y el blanco de ellos naranjado; por los lagrimales le salia fuego y parecia mas voraz que este que vemos... me trató de espantar mas, echándome el aliento... y esto me causó espanto, porque la boca no le habia bien mirado por tener los labios cerrados, y era de oreja á oreja y los dientes como sierra mui chiquitos y divididos, y en tan gran boca, tenia muchísimos y por todos ellos despidió fuego, que las chipas dieron al espejo; la lengua toda era fuego &.» Como se ve por este trozo, que respira ese aire impregnado de preocupaciones y fantasmas que rodea á nuestra atmósfera en la infancia, la escritora poco se cuida de la correccion de las voces y de la limpieza en la diccion y estilo, abundando su obra en defectos de toda clase que la hacen oscura é indigesta. Pero debemos ser indulgentes á este respecto, porque era mujer y de una época en que á estas se les negaba la instruccion científica, limitándola á un estrecho círculo, á lo estrictamente necesario para hacerse comprender y á veces á menos.

El escollo en que fracasa todo hombre que escribe su vida, principalmente si ha estado en roce con los negocios públicos, es una especie de desden afectado por los juicios que acerca de su conducta se formaron. Él, sin cuidarse de lo que han dicho, desentraña los motivos de sus acciones, queriendo encontrar siempre en ellos una disculpa á su proceder. De

pretestos frívolos las mas veces se fabrica un baluarte, desde donde desafía los tiros de la opinion, descargándole desde sus muros, al parecer impenetrables, bruscos ataques, con los cuales trata de barrer todo lo que intentara ponerle algun estorbo. Jamás un perdon, nada de deferencia. ¿Qué grande es el contraste que tal conducta presenta con la del hombre de los claustros, cuando llega á tomar la pluma para hacer una esposicion semejante! La timidez preside sus actos, se carga á sí mismo de improperios, si ha ejecutado algo que pudiera acarrear algun disgusto á otro; siempre encuentra en sí criminalidad; humilde hasta lo sumo, necesario es forzarla á que estampe su vida en algunas líneas, y aun entonces suplica que no se la dé publicidad, porque teme salgan al mundo las virtudes que adornan su alma, pareciéndole sufrir ya por este motivo el peso de burlas sin fin, pues nunca se cree ni perfecto, ni al principio de la escala de la virtud. Esto cuadra perfectamente al escrito de sor Úrsula, porque en él se pone de relieve lo que acabamos de decir. Vamos á hacer un cuadro reducido de su vida, tal cual aparece de sus propias palabras.—Nació el año de 1668, siendo sus padres D. Martin Suarez y D.ª María de Escobar. De una complexion delicada y enfermiza, su salud les causó sérios temores, pues mas de una vez la vieron á los bordes del sepulcro. La naturaleza, por fin, triunfó de tantos males; pero estos no abandonaron su presa sin desquite, dejándole por herencia la estenuacion y debilidad que impidieron se desarrollase al principio su cuerpo con lozanía y vigor. Su infancia trascurrió sin ningun suceso digno de llamar la

atencion, á no ser el desarrollo repentino de sus dotes físicos y morales que prometieron á sus padres una era de felicidad y orgullo para el porvenir. La mayor parte de ella la pasó en casa de sus abuelos paternos, siendo mirada por estos con amor en razon de su agudeza y afabilidad. El cariño que le profesaban estos buenos ancianos los impulsaba á condescendencias con ella, no mui bien vistas por la madre de Úrsula; lo cual daba motivo á una serie de reprensiones de parte de esta, y á mayor aumento de cariño en sus abuelos, creyendo con esto la pobre niña no ser mui querida de su madre. Pero la experiencia le dió despues palmarias lecciones de lo contrario. La muerte arrebató á estos ancianos cuando Úrsula contaba apenas seis años poco mas ó menos, cuyo suceso, al parecer insignificante, contribuyó quizás mas que otro alguno á la fijacion de la suerte futura de la niña. Con este motivo fué separada de su madre, á quien no podia ver sin temblar, y colocada en otra casa por mucho tiempo: no viéndola aquella sino mui rara vez, comenzó á debilitarse en su corazon el cariño que naturalmente profesamos á los autores de nuestros dias. En este tiempo se manifestó en el carácter de Úrsula un fondo de vivacidad que no se desmintió jamás, ni aun en el claustro. Muchos fueron víctimas de sus travesuras picarescas; por lo cual jamás se creia que llegase á ser lo que fué. Pero tambien era de una imaginacion impresionable, siempre llena de visiones que influian sobre su físico ocasionándole enfermedades. A medida que iba creciendo, se despertaba en ella el amor al lujo, el deseo de parecer bien, lo que no desagradaba á su madre, pues la destinaba ya

en su mente á perpetuar su generacion. Pero la mano invisible de la Providencia amontonára gran número de obstáculos que impedian la realizacion de estos deseos. Una invencible repugnancia al matrimonio, al mismo tiempo que un fervor ardiente de servir á Dios, presagiaban ya la lucha que debia empeñarse entre la niña dócil y tímida y la imperiosa madre. Esta no perdonaba medios de aumentar en ella esa inclinacion al fausto que tan temprano se habia pronunciado en su carácter. Pero ciertas palabras imprudentes pusieron en guardia á la niña suspicaz á cerca de los designios de su madre. Ya desde entonces, cediendo á un impulso secreto que la dominaba, empezó á hacer indicaciones á D.ª María para que la entrase al monasterio de las Claras. Pero esta, léjos de oir sus súplicas, se ponia furiosa cada vez que de monjas se le hablaba, no cejando un punto en sus proyectos de casamiento. Esto desconsolaba á Úrsula, aconsejándole su desesperacion hasta medios vedados, impropios de una niña educada en los rígidos principios de la virtud. Fundóse hácia esta época el monasterio de la Victoria, siendo patrono de él un tio del padre de Úrsula. Este caballero fué su ángel protector y el que á fuerza de empeños logró vencer la tenacidad de la madre, la cual consintió por fin en que la niña entrase al monasterio de la Victoria de donde despues tuvo deseos de irse. Hizo su entrada en él á los once años de edad, en medio de las lágrimas de su madre y los sentidos lamentos de los domésticos, que la lloraban como si perdiesen lo que mas amaban. No sufria menos el corazon de la niña; y en la mitad del camino casi le faltaron las fuerzas para

llevar á cabo su resolucion. Pero su voluntad acalló su dolor, y marchó serena á encerrarse para siempre en un recinto vedado á los que no tengan vocacion. La mutacion de vida que esperimentó con este motivo no dejó de chocarle; pues no disfrutaba ya las mismas comodidades que en su casa; pero á todo se resignó. Dióscle el hábito de nóvicia el once de abril de 1678, abriéndose para ella una nueva era, en la cual sufrió una serie no interrumpida de trabajos y disgustos ocasionados, ya por el noviciado, ya tambien por inconsideracion de las maestras, á quienes poco importaba la delicada constitucion de Úrsula para cargarla de rigores inusitados. La desesperacion vino mas de una vez á teñirle de hermosos colores el horizonte de su vida pasada, haciéndola en cierto modo arrepentirse de su resolucion. No le faltaban alicientes para ello: su madre mas de una vez la invitó para que abandonase el retiro, pasando al cabo de la invitacion á la efectividad; porque noticiada de sus penalidades, su amor no pudo sufrir mas tiempo esta injusticia y la quiso arrancar del claustro por la fuerza. Pero luego la calma hacia renacer la conformidad dentro de su agitado seno; y el recuerdo de sus comodidades era desechado por ella con presteza. Su vida la ocupó, casi toda, enseñando latin á sus compañeras, las cuales mas de una vez le faltaron al respeto, porque su exigua persona poco les imponia. Ella asegura que en este tiempo le anunció una voz la muerte de tres personas que en verdad se realizó. Prolongóse su prueba por cinco años, al cabo de los cuales profesó el dos de enero de 1683. Apenas fué admitida solemnemente

entre las monjas, cuando se le confirieron algunos empleos, como el de provisora y otros que desempeñó con celo y cumplidamente. Luego la ascendieron á definidora, oficio el mas noble despues de vicaria y abadesa, con lo cual llegó á componer parte del consejo de esta última, cuyo honor le causó algunos sinsabores porque quiso desempeñarlo con lealtad. Finalmente, cuando el conocimiento de sus aptitudes y de la bondad de su carácter se hubo de difundir entre las monjas, quisieron elegirla por su cabeza y confiarle el gobierno de sus destinos, cuyo honor rehusó por mucho tiempo. Aceptólo por fin, vencida por las instancias y las súplicas de sus compañeras, las cuales no tuvieron jamás que arrepentirse de haber puesto sus miras en persona tan cumplida. Durante su período abadesal, hizo mejoras de consideracion en el convento, segundada en sus esfuerzos por el obispo de aquella época. Este lapso de su vida, desde que entró al convento, hasta los cuarenta ó cincuenta años despues en que dió principio á la confeccion de ella por escrito, es un tejido de travesuras inocentes mezclado con apariciones divinas. Su entretencion favorita, segun dice, era engañar á los hombres, haciéndoles creer que no era monja, con el único objeto de reirse de ellos y participar á sus compañeras de los regalos que le enviaban. Daba lugar esta conducta á serias reprensiones de la *habla*, ó sea esa voz que creia continuamente oir resonar en sus oidos, echándole en cara su volubilidad, pues habia ido á buscar á Dios al monasterio, y luego lo abandonaba por objetos mundanos. Pero ¿quién no ve en esto la voz de una conciencia

tímida que nos echa en cara la falta en el cumplimiento de nuestros deberes? Solo un hecho pudiera alegarse en prueba de lo contrario; y es el haber visto al pasar por el coro una vez que se dirigia á la puerta á hablar con algunos hombres, un gran resplandor que la deslumbró despedido por el sagrario, el cual iluminaba la iglesia, apesar de no haber un rayo de sol que diese en parte alguna del edificio; y una voz que le dijo entonces: ¡alma! dónde vas? Aterrecida de espanto echó á correr para afuera, no deteniéndose hasta llegar á su celda. Pero esto bien pudo ser ilusion de la óptica; y por otra parte, Dios no hace milagros sin necesidad. Ningun peligro podia correr la virtud de Úrsula que á esto diese motivo, pues, como ella dice; *lo hacia solo por engañar á los hombres.* Y quién dotado de tímidez habria osado continuar en estos actos con una amonestacion semejante? Sin embargo, ella perseveró; prueba de que no fué otra cosa que pura ilusion; porque hartos testimonios de sumision á esa *habla* dá en el discurso de su vida. Siguió siendo durante toda esta, favorecida con especialísimas y raras visiones, solo de ella presenciadas, sin participar á otro que á su confesor de todo lo que le sucedia. Entre estos debe notarse al jesuita Viñas, que era su consultor, el cual siempre le manifestó compasion, no contradiciéndole jamás para refutarle la idea que formaba su tema favorito, á saber: que era la voz de Dios la que oia. Pero varias veces fué engañada por esta *habla*, lo que confiesa con ingenuidad candorosa; cuyo hecho solo bastaría para no dar crédito á los demás, por verosímiles que aparecieran. No obs-

tante, nada tenemos que decir de su acrisolada virtud, de su obediencia suma, de su caridad para con el prójimo, sien lo rígida observante de la regla, aun á pesar de sus enfermedades. Viósela frecuentemente asistir al coro á rezar, no impidiéndoselo su quebrantada salud, pues padecia mucho del pecho y el pulmon. Era dada a la oracion, y le sucedia llevarse en ella horas enteras en tiernos coloquios con su Criador, adquiriendo con esto mas fuerza para sobrellevar las penalidades de la vida. Mientras oraba, parecia que el corazon se le salia del pecho, su cuerpo se encendia, la respiracion se abria paso con dificultad al través de los órganos, su alma queria romper las cadenas en que apesar suyo se encuentra retenida para unirse con su Criador. Mas de una vez fué víctima inocente de los tiros de la maledicencia; pero su resignacion triunfó de sus enemigos. Fué por fin el modelo de virtud á que debieran ajustarse en su conducta todas aquellas personas que aspiran á la perfeccion. Su muerte acaeció el cinco de octubre de mil setecientos cuarenta y nueve, habiéndola advertido ella misma el dia antes á las demás religiosas que la veian sana al parecer. La obra original de sor Úrsula se conserva en el archivo de su monasterio y una copia de ella existe en nuestro poder.